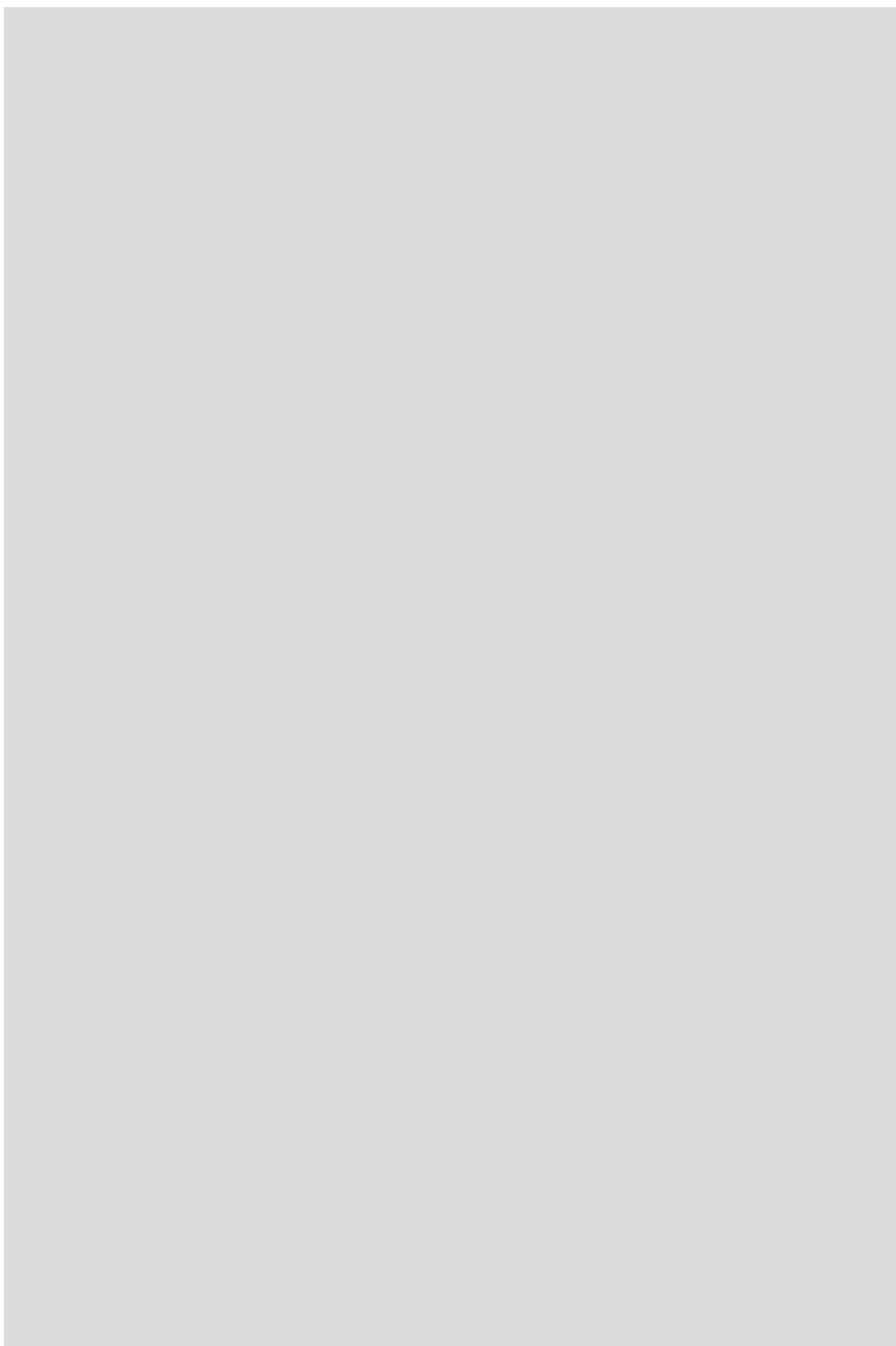


AHOGADO.

geraldine robles chipana



# Capítulo 1

AHOGADO.

Recuerdo que la noticia nos la dio mi padre al día siguiente en la mañana mediante una llamada de teléfono.

-El Daniel está muerto -nos dijo mi padre a mi y a mi madre -se ahogó en el Rímac.

Empecemos por contar que mi padre, Santos, era vendedor de medicina natural. Vendía ofreciendo sus productos a viva voz en cualquier lugar que pudiese en Lima y los alrededores de Perú y a las personas que quisiesen oírle y confiar en la sangre de grado, el aceite de copaiba, la uña de gato... bueno, todo eso. Pero no trabajaba solo. El lugar donde hacía sus compras era en la Parada. Bajaba temprano, para poder encontrar rollo fresquito y buen atado de hiervas, de esas medicinales de cuyos nombres en este momento no puedo ni quiero acordarme. Ahí se encontraba con unos amigos. Pedro o "el Papi", Nicanor o solo "Nica", Toño, Yobana o "Yoba", otro al que llamaban Garrapata (no sé hasta ahora su nombre), Daniel, Toño, entre otros de los que ya no me acuerdo. Del que quiero hablar ahora es de Daniel. El negro, el amigo del alma de mi viejo. Era un tipo agradable, de sonrisa fácil e intentaba ser un buen padre. Estaba separado y su esposa vivía y creo que sigue viviendo en Italia, se llama Lourdes y está con un tipo que, para decirlo de manera simple, es un ladrón. Pero eso no viene al caso aquí porque cuando la ex mujer se comprometió con ese otro tipo el pobre Daniel ya hace mucho que estaba bajo tierra. Como decía Daniel era el mejor amigo de mi padre. Los dos habían viajado juntos incluso antes de que yo naciera. Recorrían Arequipa, Moquegua, Tacna, Hilo... sí, ellos juntos buscando ganarse la plata para dar de comer a la familia. Pero tomaban, y tomaban mucho. Mi padre lo sigue haciendo, cosa que, por supuesto me molesta, y no es que yo no lo haga de vez en cuando. Pero en el tiempo en el que ellos dos tomaban yo apenas tenía unos nueve o diez años. Recuerdo que unos meses antes Daniel llegó a mi casa con su nueva pareja.

-Buenas, señora Paola -saludó él a mi madre - ¿está el paisano? - preguntó haciendo referencia a mi padre con ese apodo.

-Sí, espera que lo llamo -le respondió ella.

Daniel venía acompañado de una chica. Cuando mi padre le recibió, se abrazaron y Daniel fue invitado a pasar a casa.

- ¿Quieres tomar algo, negro? -había preguntado papá.

-Un café si puede ser, paisa.

-Claro, te lo preparo yo que la Paola va de salida a la tienda.

Con la tienda se refería papá al negocio de abarrotes que tenía mi familia.

- ¿Y usted quiere algo, señorita? -le preguntó mi progenitor a la acompañante de Daniel.

-No, señor. Gracias de todos modos.

Ese fue el momento en el que mi madre salió rumbo a la tienda con su cartera, pero se detuvo para despedirse antes de Daniel. Todo esto pasó en mi ausencia, pero yo tengo mis métodos para enterarme de las cosas. Cuando llegué del colegio, papá y Daniel habían cocinado una tremenda olla de tallarines con pollo. Me fue a recoger mi padre, quien camino a casa me dijo:

-Ha venido tu tío Daniel.

- ¿Sí?

-Sí, y alégrate porque hoy tu madre no ha cocinado.

Me alegraba, claro que me alegraba porque, y con perdón de mi señora madre, no es que ella cocinase muy bien que digamos.

- ¿Qué han cocinado? -pregunté yo, con la alegría de alguien que anhela darse un banquete.

-Tallarines con pollo.

Esa tarde comimos todos, como casi nunca lo hacíamos, alrededor de la mesa de comedor que había en la sala de la pequeña casa que alquilábamos por esos tiempos. Durante el almuerzo nos enteramos de que la chica se llamaba Berenisse y que era la nueva pareja de Daniel. También supimos que Daniel se había mudado a una casita que estaba a orillas del río Rímac. Otra cosa que surgió fue que uno de sus hijos, Alex, quería irse a Italia con su madre para ver que tal podían llegar a irle las cosas.

-Él quiere estar con la madre -dijo Daniel -y yo no me opongo a eso, pero ahora le necesito aquí para que me ayude a llevar plata a la casa.

-Si quiere irse déjale que haga su propio destino, Daniel. Si le va bien por ahí que así sea, pero si le va mal ya será su asunto. -aconsejó mi madre.

Yo, por mi parte, me dedicaba a hablar con Berenisse sobre si me había ido bien en el colegio, las maestras, las muchas tareas que nos dejaban, las amistades y enemistades con los compañeritos... todas esas cosas de índole escolar. Cuando mi madre volvió a irse al negocio, Daniel y papá la acompañaron cargando sacos de arroz y tuvieron que volver con la carreta en la que los llevaban unas tres o cuatro veces. Yo me quedé con Berenisse viendo un programa de cómicos que creo se llamaba los huanacos de la risa o algo así. No sé, pero es ahora, escribiendo esto, que caigo en la cuenta de que recuerdo más cosas de las que creí tener en la memoria. Cuando los hombres volvieron definitivamente lo hicieron para poner música en un equipo de sonido que en ese tiempo estaba por llegar a la década de vida comprado en Argentina, mi país de origen. Luego, como era previsible en el carácter de los dos sujetos, se pusieron a tomar. Eso duró hasta mucho después de la llegada de mi madre. Ella le había pedido a Berenisse, en vista del estado en el que estaba Daniel, se quedara esa noche en la casa, pero esta le dijo que no y que no se preocupase, que llegaría bien a su casa y que sabía el carro que tenía que tomar desde el paradero. Al día siguiente mamá me llevó a 7:15 al colegio, que estaba cercano a la casa. Ese fue la última vez que lo vi a mi tío Daniel, completamente dormido en un sillón de la sala de casa y rodeado de chapas de cerveza. El día en que nos enteramos por la llamada de papá que Daniel estaba muerto fue al día siguiente del accidente.

- ¿Cómo que muerto? -preguntó mi madre, incrédula - ¿y tú dónde estás?

-Yo ayer bajé a Villa el Salvador, ¿recuerdas que te dije que iba a ir?

-Sí, me acuerdo.

Papá se había ido el día anterior a 5:00pm.

-Estoy en la casa del Papi. Acá solo está el bebito, todos los demás se han ido a la casa del Daniel. Espérenme, ya estoy yendo a la casa.

Cuando mi padre llegó, nos contó de qué había ido la cosa. Resulta que Daniel, su cuñado y otros amigos se habían puesto a tomar en la casa a orillas del río de este. En medio de la borrachera, con todos fuera de la casa y demasiado cerca del río, se habían dicho algunas cosas desagradables, lo que había sido pretexto para que estuviese a punto de dar inicio una pelea. Pero no se dio, porque Daniel decidió que lo mejor era irse a descansar. Lo que pasó luego no lo sé con mucha exactitud, solo sé que el hombre dio un traspié, lo que le llevó a caer al río del que, como ya dije, él y sus acompañantes fiesteros estaban muy cerca. También nos contó que su cuñado se lanzó a las aguas a tratar de rescatarle de la impetuosa corriente del río que ya lo alejaba, pero no pudo hacer nada y a duras penas logró no ser llevado el mismo a las profundidades. El cuerpo de mi tío lo pudieron rescatar dos días después

de su caída en el río. Estaba golpeado, irreconocible. Todos lo vimos en el ataúd, cuando fue su velorio, y no causaba la mejor impresión. Creo que por algún lugar queda todavía el video del velorio y el del entierro, no lo sé. Recuerdo, de dicho video, que cuando bajaron la tumba de mi tío al hueco excavado para enterrarle mi madre lloraba a lágrima viva. Recuerdo también que yo no lloré ni en el velorio ni en el entierro; pero cuando días después vi el video lloré como nunca lo había hecho ni creía poder hacerlo. Daniel, ese buen tipo que alguna vez me había llevado a pasear junto a mis padres, con el que un año antes habíamos ido a montar motos, estaba muerto. Esa fue la primera muerte cercana a mí. Muerto, ahogado en el río Rímac. Creo que esa muerte causó que unos meses después mi madre asegurara a mi padre para que en caso algo le llegara a pasar el seguro se hacía cargo de su funeral. En realidad, nos aseguró a todos incluyéndose ella misma.